

parecen no haberlo afectado sensiblemente. Si, como lo han dicho Juan Gustavo Cobo o Germán Arciniegas, don Baldomero fue un colombiano que se anticipó a sus contemporáneos —tantas generaciones cuantas pueden haber en 97 años de vida—, forzosamente se sigue, y se comprueba con este libro, que Sanín Cano es nuestro contemporáneo.

Sanín Cano nació en Rionegro en 1861 y murió en Bogotá en 1957. Maestro de escuela en su nativa Antioquia, bibliotecario en Bogotá, allí mismo gerente del tranvía de mulas, secretario del presidente Reyes, ministro encargado, diplomático, lector de la Universidad de Edimburgo: ninguna de estas tareas lo caracteriza tanto como su actividad de escritor, ejercida en las páginas de la *Revista Contemporánea*, *La Nación*, de Buenos Aires, y *El Tiempo*, de Bogotá. Esta labor justifica los elogios de toda la *intelligentzia* latinoamericana de su tiempo, como dice Cobo Borda: José Carlos Mariátegui, Gabriela Mistral, Mariano Picón Salas, Francisco Romero, Pedro Henríquez Ureña, Juan Marinello. Diez libros publicados en vida, compilaciones de lo que iba escribiendo, sin grandes pretensiones, con claridad y agudeza, su biografía de un párrafo nunca quedaría completa si no se cuenta su relación con Silva y la influencia que ejerció sobre José Asunción, la más legítima: la influencia de la amistad.

Letras colombianas es la óptima demostración de que, en nuestro caso, tienen más tino estas lecturas de síntesis que los ladrillos históricos que desde Vergara y Vergara y Antonio Gómez Restrepo se repiten hasta nuestros días.

No necesita extenderse en honduras lexicográficas, ni en la exploración de influencias; no apela a citas convalidadoras, no es excesivo ni en el elogio ni en el ditirambo: es algo mucho más que eso: es un lector inteligente, perceptivo, que ejerce, como decía Hernando Valencia Goelkel, con estilo que tiene “la impureza utilitaria de la docencia”.

En el capítulo introductorio, Sanín hace un balance de su materia: “La literatura colombiana no es una

planta indígena como las patatas o el cacao, sino un organismo trasplantado como la vaca o el trigo a estas regiones por la conquista española”. Y aclara: “No por esto debe pensarse, como algunos quisieron darlo por sentado, que nuestra literatura carece de rasgos propios estrictamente nacionales. Los tiene, sin duda, entreverados en la fronda de influencias anexas al origen hispánico de que se ha hablado. Estas influencias [...] son francesas en su más significativa y mayor parte y también son inglesas en mucho menor escala”.

El resumen de Sanín Cano parte de la Colonia y llega hasta el modernismo, pero en el anexo se le han agregado algunos textos que abarcan épocas posteriores, como en los casos de León de Greiff y Luis Carlos López.

Meritoria reedición de un libro de Baldomero Sanín Cano, ese autor que, como dice Hernando Valencia Goelkel, le habló a Colombia “un lenguaje serio, un idioma para adultos, severo y sin halagos, nacido de un entrañable respeto que no podía incurrir en la pedantería pero tampoco podía caer en la adulación”.

DARÍO JARAMILLO A.



Costumbrismo de barriada

Es tarde en San Bernardo
José Libardo Porras Vallejo
Taller de Escritores, Biblioteca
Pública Piloto. Medellín, 1984

Contrariamente a lo que podría pensarse, la narrativa colombiana posterior al hecho central que constituye

la obra de Gabriel García Márquez, ha tomado rumbos distintos de los trazados por nuestro premio Nobel. El “gabismo” se ha infiltrado mucho más en el periodismo que en la narrativa, y los tics, los procedimientos codificables y el sentido de lo insólito han contagiado a nuestros periodistas y se les han atravesado como una presa difícil de digerir.

Forzoso es reconocer también, que aunque en el periodismo se ha producido ese fenómeno paródico, también del periodismo ha salido la obra narrativa más importante escrita por alguien más joven que García Márquez; como son los tres libros publicados por Germán Castro Caycedo.

Aparte de la excelente obra de Castro Caycedo, aparte de *Que viva la música* del fallecido Andrés Caicedo, la narrativa postgabiana en Colombia cuenta con un elenco de nombres más o menos conocidos, algunos bastante prolíficos, pero ninguno autor de alguna obra consagradoria. Si bien fueron lo bastante sensatos para escapar a la órbita gabiana, las disyuntivas que han enfrentado hasta ahora no han sido cabalmente resueltas. Aparte de las contribuciones del premio Nobel, la violencia se quedó sin una narrativa memorable y la ciudad es un enorme queso que todavía no han probado los roedores literarios. Aunque lo parezca, este juicio no sentencia el fracaso; al contrario de lo que sucede con nuestros poetas, que escriben —por lo general— lo mejor de lo suyo mientras son poetas jóvenes, la narrativa colombiana ha comprobado ser obra de hombres maduros. Y si algo puede decirse de la generación que Isaías Peña Gutiérrez llama “del Frente Nacional”, es que se trata de escritores con oficio, con perseverancia, con profesionalismo, que a lo largo de su vida literaria han venido publicando obras de sostenida calidad y de quienes cabe esperar mucho.

Y otra cosa más puede decirse. Gracias al magisterio de muchos de ellos (el mejor magisterio en estas cosas de la creación, que es la desobediencia), gracias al camino que han desbrozado, y gracias también a

los clásicos latinoamericanos del siglo XX –Cortázar y Onetti, Rulfo y Cabrera Infante, Borges y Vargas Llosa, etcétera y etcétera–, ya es realidad una nueva generación de narradores que están contando su mundo con un lenguaje más personal y más libre.

Óscar Castro gana el premio nacional de cuentos de la Universidad de Medellín y las diez menciones pertenecen a autores jóvenes; esto ocurre en 1983. Este año, el premio lo obtiene Harold Krémer, otro joven. En el premio nacional de Cúcuta ocurre otro tanto: allí el galardonado es Sergio Vieira. La beca Ernesto Sábato es adjudicada a un talentoso narrador menor de 30 años, Julio Olaciregui, casi al mismo tiempo que editorial Planeta lanza con bombo y platillos la primera novela de otro joven, periodista él, talentosísimo él, Juan José Hoyos. Algo más discretamente, el departamento de Antioquia edita el primer libro de Jairo Morales Henao. Nombres nuevos, hombres jóvenes, aire refrescante. Por lo menos nuevos problemas, nuevos rumbos y, por lo tanto, nuevas disyuntivas.

Una de estas disyuntivas, que aún no alcanza a resolverse, se plantea frente a las historias con argumentos. Los narradores nuevos parecen negarse a condescender a la historia con nudo, trama y desenlace, que por estos tiempos parece ser monopolio de la TV y del cine taquillero. Mi fondo y mi superficie de lector lúdico se resienten, no sin reconocer el taller que algunos de estos jóvenes demuestran para el monólogo interior, para el fragmento anecdótico, a veces para ese género de poetas que es el cuento breve.



Leído tras las preguntas que suscita tan extraño conflicto, el (lamentado) desprecio por el argumento, el primer libro de José Libardo Porras Vallejo resuelve el problema con coherencia, con originalidad. Decía Cocteau –citando a Stravinsky– que “la novedad sólo sería la búsqueda de un lugar fresco en la almohada. El lugar fresco se calienta pronto y el lugar caliente recupera su frescura”. *Es tarde en San Bernardo* es un libro novedoso, original, porque hoy en día lo es un libro de cuadros de costumbres, ese género que prevaleció en el siglo pasado y que sigue siendo legible en la obra, por ejemplo, de Emiro Kastos; ese género olvidado que Porras rescata con una prosa sensitiva, salpicada de imágenes certeras que iluminan la narración y la vuelven gozosa; ese género que se convierte en vibrante medio de pescar al lector sin tener una historia, sino la memoria fresca y ardiente y las palabras precisas para rescatar su niñez.

Este libro está compuesto de varios textos en prosa y dos poemas que abren y cierran el texto. Cada uno de ellos se refiere a un personaje y su mundo entre los habitantes de San Bernardo, un barrio popular de los setenta en Medellín. La primera prosa habla del origen del barrio: “San Bernardo era un dibujo de niño de escuela: un sol grandote, amarillo, jugaba con la sombra sin importarle que ella ocupara sus espacios; una escuela estallaba de muchachos cargados de cuadernos y de lápices de cortesía; hombres grandes como árboles se daban cita en la esquina para hacer pasar de nuevo el tiempo mirando para adentro...”.

Los otros fragmentos, en conjunto arman el fresco de la vida del barrio, componen los cuadros de sus costumbres. Don Pablo, el tendero – “cuando digo ‘don Pablo’ de mi boca saltan palomas”–; Ismael, el asaltante nocturno – “no habré de pintarles a Ismael. Apenas puedo fantasearlo, imaginarlo, inventarlo, ponerlo en la ventana por la que estoy mirando”–; el amigo huérfano que se volvió ratero, el otro, que se volvió mafioso, la muchacha bonita

del barrio y su triste final, la puta vieja del barrio y su muerte, las amas de casa, la viuda empobrecida y su muchacha, los juegos infantiles – “los mayores no entendían la guerra libertada. Esa guerra en que unas veces se ganaba y otras se perdía, pero siempre nos quedaba la camisa mojada y entre pecho y espalda una llama encendida por el presentimiento de haber jugado a la vida y a la muerte”–; la vida casera, el bobo del barrio (acaso el más poético, el más hermoso de todos los fragmentos), el televisor, el comprador de desperdicios, en fin, toda la gama de personajes que componen la vida cuasiautárquica, íntima, del barrio popular de la gran ciudad colombiana.

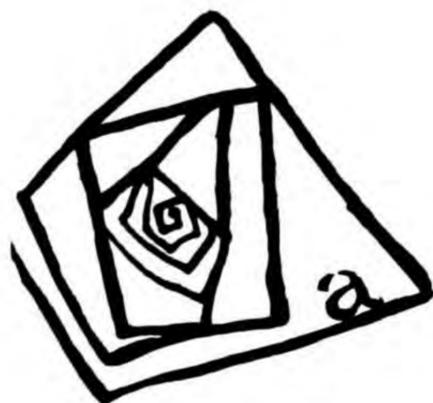
En cuanto cuadros de costumbres, el libro de Porras tiene indudable valor documental. La larga espera por una literatura urbana, fiel al universo de la barriada, tenía qué resolverse en términos del surgimiento de escritores con estos orígenes (como ocurrió en la generación anterior con el Bogotá de Nicolás Suescún o de Luis Fayad, el Medellín de Darío Ruiz, la Cartagena de Roberto Burgos Cantor). En el caso de Porras, sin embargo, la novedad consiste en que la anécdota de aquellos escritores y de otros de Cali, de Barranquilla, se sustituye aquí por un conjunto coherente de textos que, como conjunto, capturan la atmósfera, las imágenes, el transcurrir mismo del tiempo en la geografía popular urbana. El antropólogo cultural, el historiador del mañana que quiera desentrañar las mentalidades y la vida cotidiana del barrio popular en cierta época de nuestro siglo, bien podrá consultar este pequeño libro.

Es posible, además, que ese hipotético futuro investigador, se divierta y goce con la lectura de *Es tarde en San Bernardo* como, con seguridad, puede hacerlo un lector de nuestros días. Porque aparte de su valor documental, muy aparte de su original manera de ser narraciones sin argumentos, estos textos develan una enorme conciencia del lenguaje en el autor. Porras tiene las cualidades del escritor de temple, extremada

deliberación con las palabras y sensibilidad de poeta para imprimirle alegría, fuerza y encanto a su escritura.

Los poemas que abren y cierran el libro son vehementes, acezantes, convocatoria y exorcismo de los fantasmas de la memoria, fantasmas que desfilan en estos textos llenos de sol y de una alegría que no deja ver el rigor de las palabras sino cuando se permite jugar con su sonido.

DARÍO JARAMILLO A.



En busca del macondo en el siglo XIX

Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador

Miguel María Lisboa

Trad. Consuelo Salamanca de Santamaría y Leticia Salamanca Alves.

Fondo Cultural Cafetero. Bogotá, 1984, 338 págs., 30 ilustraciones

El día 2 de septiembre de 1852, el diplomático brasileño Miguel María Lisboa parte de Southampton en misión especial con destino al antiguo territorio de la Nueva Granada. Su viaje incluye las Antillas, Venezuela, las actuales Colombia y Panamá, Ecuador (llega a Quito por Guayaquil) e incluso menciona una parada en Lima ya listo a regresar a Europa. Casi año y medio después, el 14 de enero de 1854, termina su largo viaje, que paralelamente ha ido recogiendo en una detallada crónica de veintiún capítulos, muy al uso del viajero de la época, consciente de la importancia de su visión frente a un nuevo mundo. Así, con la típica actitud europea de la época, Miguel María Lisboa no solamente visita un

nuevo mundo sino que lo descubre, lo interpreta, lo traduce y lo recrea.

Años después, en 1866, el libro se publica por primera vez en Bruselas, dirigido a los brasileños interesados "en conocer el estado social de las repúblicas que con nosotros limitan", a las que "les hacemos una gran injusticia desconociendo lo mucho que hay en ellas de respetable y simpático" (pág. 17). Como señala el embajador del Brasil en Colombia, João Hermes Pereira de Araujo, en su excelente prólogo a la presente edición, "lo movió así, en verdad, una preocupación política, de signo latinoamericano, que se puede considerar precursora".

Una primera versión al castellano se publicó en 1954 en Caracas, Ediciones de la Presidencia. Hoy, en 1984, la nueva traducción del Fondo Cultural Cafetero de Bogotá revive el antiguo texto con resonancias mucho más complejas que las que imaginó el consejero Lisboa. Por una parte, da a conocer el interés y la visión de un brasileño sobre nuestra región, en un momento en que nuestros países tratan de remediar las mutuas ignorancias de las que hace tanto se quejaba Lisboa. Por otra, ofrece una de las más sutiles formas de conocimiento: el reconocerse en la mirada del otro. Por más documentos de la época que tengamos sobre el siglo XIX, que nunca son suficientes, esta mirada tiene algo propio y distinto que, al mismo tiempo que distorsiona y deforma, como hacen todas, aporta perspectivas y ángulos únicos y valiosos.

Este "otro" es un hombre orgulloso de su época y de los avances de la ciencia y la industrialización, defensor del progreso técnico y la transferencia de tecnología, capaz de vivir duras aventuras como la subida del río Magdalena y las largas cabalgatas por peligrosas montañas, pero también inclinado a apreciar la naturaleza con actitud de romántico y siempre listo a disfrutar la hospitalidad y las costumbres europeas trasplantadas a estas sociedades. Tan orgulloso se siente de quien es, que no teme defender sus opiniones ante la sospecha del rechazo y los ataques que su

libro causará: "en él predomina el sentimiento de un brasileño, americano de raza latina, católico y monárquico; y quien no fuere todo eso de corazón, necesariamente estará en desacuerdo con mi trabajo" (pág. 335).

A pesar de que con frecuencia el lector moderno se sorprende ante sus criterios sobre la democracia, los indígenas, la religión, la esclavitud, el consejero Lisboa no se hace desagradable, porque lo salva lo que él llama su buena fe, y que para nosotros es su transparencia. Dice lo que piensa, lo que cree, y gracias a eso podemos entender algo mejor la visión europea sobre América porque, a pesar de lo que él dice de sí mismo, este brasileño tiene también rasgos de culto europeo, orgulloso de sus idiomas, de sus lecturas y de sus viajes, que le sirven de parámetro para juzgar este trópico. Sin embargo, prevalece su oficio. No es cronista sino diplomático: uno de los encantos del texto son los dobles sentidos, el revelar sin querer.

El libro es de interés para muy diversos lectores. Como documento histórico y social es imprescindible, pero hay innumerables temas y subtemas que atraen a una inesperada audiencia; nos habla de caminos y carreteras, de navegación marítima y fluvial, del desarrollo y la arquitectura de las ciudades, de climas, vegetación y topografía. Recoge datos de economía, importaciones y exportaciones, educación, costumbres, vestidos, fiestas, religión, música, literatura, prensa. La independencia es una historia reciente en 1853, y su recuento es parcial pero lleno de vitalidad. Aunque no es su rasgo dominante, muestra frecuentes elementos de humor, como sus persistentes preguntas sobre los elefantes de Colombia o las anécdotas de su sirviente francés Simplicio.

Sus dos meses en Bogotá le dejan excelentes recuerdos y muchas observaciones interesantes para el lector actual. Lo que no dice le duele, y se arrepiente de haber prometido no mencionarlo, como los nombres de los amigos que lo acogieron y atendieron en las ciudades que visi-